



Las cenizas de la flor

Angel Crespo

Encuentro y desencuentros poéticos hispanoportugueses

Desde el punto de vista de la literatura comparada, y en lo que atañe a la evolución general de la poesía europea, el hacer un balance de los encuentros y desencuentros que se han producido entre las de España y Portugal resulta muy ilustrativo de que los caminos independientes seguidos por una y otra se deben a una insuficiente comunicación entre los poetas de ambos países. Así, mientras la poesía española de los años de la Gran Guerra iba evolucionando lentamente a partir de la síntesis parnasiano-simbolista a la que se dio el nombre de modernismo, Pessoa y sus compañeros de aventura iniciaron el modernismo portugués, posterior a la corriente española del mismo nombre pero más avanzado que ella en relación a la vanguardia internacional, a partir de 1915, año en el que aparecieron los dos únicos números de la revista *Orpheu*. Aquellos poetas portugueses se autodenominaban futuristas, paúlitas y sensacionalistas y fueron, en tan cruciales momentos, una de las avanzadas de la poesía contemporánea. Un movimiento semejante lanzó a la vanguardia poética española, con la diferencia de que empezó a manifestarse cinco años después, que no son pocos años en unos tiempos en los que la evolución de la poesía se estaba produciendo de manera acelerada. La vanguardia española a que me refiero es, naturalmente, la ultraísta, y sus poetas —sobre todo los de tendencia creacionista, Larrea y Diego— consiguieron poner el reloj de la poesía española en hora con el de la europea.

No es esto todo, pues una singular coincidencia se produjo a mediados de aquel segundo decenio de nuestro siglo: el encauzamiento de las poesías españolas y portuguesa, gracias a las obras de Juan Ramón Jiménez y Fernando Pessoa, por unos canales derivados de la gran corriente simbolista, mediante la valorización del binomio sentimiento-pensamiento en pro de una expresión totalizadora en la que se conjugasen de manera inseparable los mundos propios de los sentidos corporales y de los más sutiles sentidos espirituales. Pessoa y Juan Ramón se nos aparecen, debido a ello, como los dos grandes e indiscutibles maestros de los más avisados poetas contemporáneos de sus países.

La época heroica del ultraísmo duró, aproximadamente, de 1920 a 1924, y fue en este último año cuando Pessoa y uno de los más conocidos ultraístas, Isaac del Vando-Villar, también promotor de efímeras pero importantes revistas, entraron en contacto epistolar por iniciativa de Adriano del Valle, que iba con frecuencia a Portugal y hacía de puente entre las vanguardias de los dos países. El español había pedido al portugués una opinión sobre su libro *La sombra japonesa* y éste emitió un juicio, que autorizó a publicar a aquél, sumamente favorable y tan profun-

do y exacto como casi todos los suyos. Pero esto es todo lo que sabemos del asunto —las cartas de Pessoa las descubrí yo en Sevilla, y la del poeta español la localizó Arnaldo Saraiva en la legendaria arca pesona—, además de saber que, mientras en España se trató de silenciar al ultraísmo por algunos de los poetas que recibieron y asimilaron sus lecciones, en Portugal, los de la influyente revista *Presença*, cuyo primer número apareció en 1927, rompieron la línea vanguardista en beneficio de una poética más tradicional y menos comprometida con las nuevas corrientes estéticas. Ello resultó ser favorable en el sentido de que su aceptación fue casi inmediata entre los lectores pero tuvo el efecto negativo de retrasar la inevitable aceptación del incesante flujo de las innovaciones poéticas de los años 20. Pues mientras los presencistas —que proclamaron la maestría de Pessoa pero no siguieron su línea poética salvo en los casos excepcionales de Carlos Queiroz y Adolfo Casais Monteiro— continuaban su trayectoria tradicionalista, los españoles de aquellos tiempos aceptaron la lección del vanguardismo —bien es verdad que tratando de compaginarla con el neopopularismo y el neobarroquismo— y ello les preparó para asimilar la importantísima escritura surrealista antes que los poetas de cualquier otro país. En este sentido, son ejemplares los poemas surrealistas de García Lorca, Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Moreno Villa, Gerardo Diego, Juan Larrea, Luis Cernuda y otros escritores del grupo al que pertenecían.

En Portugal, la poesía neorrealista se adelantó en un decenio, aproximadamente, a la española de igual signo y coincidió con la recepción del surrealismo en aquel país, gracias, entre otros, a António Pedro, Cesariny de Vasconcelos y Alexandre O'Neill. Y es curioso que, también durante los años 40 y primeros 50, se produjese en España un segundo auge del surrealismo, en el que yo mismo tomé parte, pero esta vez sin negarlo como habían hecho varios de los citados de la primera ola, sino proclamándolo polémicamente como en Portugal. Ya se comprende que me refiero al postismo, cuyos fundadores españoles fueron Eduardo Chicharro y Carlos Edmundo de Ory, y entre cuyos continuadores se cuentan, por no dar sino dos nombres muy conocidos, Gabino-Alejandro Carriero y Francisco Nieva. Pero también es preciso nombrar aquí a dos poetas que nada tuvieron que ver con el postismo: Juan Eduardo Cirlot y Miguel Labordeta.

El neorrealismo dio, pues, frutos tempranos en Portugal y algunos de sus poetas, entre los que se cuentan José Gomes Ferreira, Mário Dionísio y Carlos de Oliveira, ejercieron un sutil pero innegable influjo en el tardío neorrealismo español a partir de la

publicación en 1961 —debo decirlo modestamente porque ya es historia literaria— de mi *Antología de la nueva poesía portuguesa*. Durante los años 50 y 60 no era insólito leer versos de poetas españoles en las revistas portuguesas y versos de poetas portugueses en las españolas. A partir de entonces, estos contactos personales, y en ningún modo oficiales, a los que contribuyó en buena medida la *Antología da Poesia Espanhola Contemporânea* publicada en Lisboa por Egito Gonçalves, las de ambos países iniciaron una comunicación que, aunque lentamente, se ha ido convirtiendo en terreno propicio para un entendimiento cada vez mayor entre nuestras respectivas culturas. Hoy publican en España y en Portugal una serie de nuevos poetas que muestran una gran preocupación por los mecanismos semánticos del lenguaje y sus posibilidades líricas, al margen de la materia tratada por ellos, así como un sentido de la introspección que se manifiesta de las maneras más variadas. Y existe también, en estos nuevos poetas, una tendencia a la actualización, incluso subjetivándola, del pasado, a la que se ha dado en España el nombre no muy afortunado de culturalismo y para la que propongo el de neohumanismo. Sea de ello lo que quiera, la coincidencia es innegable, y tanto más significativa cuanto no es producto —a pesar de los contactos a que he hecho alusión— de influencias mutuas, sino de interpretaciones muy semejantes del pensamiento y las inquietudes generales de nuestro tiempo.

Por una cuestión de método expositivo, no he hablado antes de una corriente poética que durante los años 50 tuvo en Portugal más cultivadores que en España y que me parece que es la antecesora de la últimamente mencionada. Me refiero a la representada entonces por las obras de Eugénio de Andrade, Sophia de Melo Breyner, Jorge de Sena, José Blanc de Portugal y Rui Cinatti, entre los que empezaron a publicar antes, y por António Ramos Rosa, José Bento y António Osório, entre los que se dieron a conocer más tarde. Esta corriente de la poesía portuguesa, que afirmaba ante todo los valores estéticos y espirituales de sendas visiones personales del mundo —muy diferentes, eso sí, las unas de las otras—, no comprometida con ninguna tendencia determinada pero atenta a todas las principales, fue, por así decirlo, el fiel de la balanza poética, representado en España por algunos de los poetas de los años 50, entre los que se cuentan Manuel Mantero, Enrique Badosa, José Corredor Matheos, Carlos de la Rica y unos pocos más. Y lo más interesante de todo es que nuestras actitudes de entonces, si bien coincidentes en sus propósitos de liberación y enriquecimiento poético, eran, por eso mismo, tan diferentes de las portuguesas como íntimamente afines a ellas.

Desmintiendo el tópico

CESAR ANTONIO MOLINA

Mucho se ha venido hablando en los últimos tiempos sobre el desconocimiento cultural entre Portugal y España. Yo mismo —demasiadas veces— subrayé este punto. Pero ello no es del todo cierto, al menos por lo que respecta a la parte española. Baso mi afirmación en una profunda y prolongada investigación que tuve que realizar con motivo de mi tesis doctoral. La misma versaba sobre una historia de la prensa literaria en España a lo largo del primer tercio de este siglo. Precisamente al revisar gran cantidad de periódicos y revistas, me fui encontrando con la agradabilísima sorpresa de que durante ese largo periodo de tiempo, la presencia de la literatura portuguesa en las páginas de las más relevantes publicaciones de esos años, era importante y habitual.

Haciendo un balance rápido y memorístico, podría recordar aquí publicaciones fundamentales como "Prometeo" que llevó adelante el por aquel entonces jovencísimo Ramón Gómez de la Serna, "Cervantes", "Cosmópolis" y ya avanzados los años veinte y treinta otras revistas como "La Gaceta Literaria" de Ernesto Giménez Caballero. También hay que tener muy presentes la decisiva labor de divulgación de la literatura portuguesa que ejercieron publicaciones periódicas gallegas como "La Centuria", "Nós", "Alfar", "Ronsel" y un larguísimo etcétera. A través del órgano dirigido por Vicente Risco y Castela, "Nós" y el de Giménez de la Serna en su *Pombo* se refería a todos estos escritores. Todos estos datos yo mismo los daba a la luz en un artículo publicado en

"Nueva Estafeta". Pero por supuesto en donde hablo de todo ello con más profusión es en mi trabajo académico.

Como ejemplo de esta relación, de este afán de conocimiento de la cultura portuguesa por parte de la élite cultural española quisiera tan sólo referirme aquí a la presencia de la literatura de nuestro país vecino en una publicación tan decisiva como fue "Cosmópolis".

"Cosmópolis" fue una revista de pequeño formato que se publicó en Madrid desde enero de 1919 hasta septiembre del año 1922. Era copiosa en páginas y pretendía —según palabras de uno de sus colaboradores más destacados, Guillermo de Torre— ser una especie de tardío "Mercure de France". De periodicidad semanal, fue dirigida por Gómez Carrillo y en sus últimos

números, cuando cambia de formato, por Alfonso Hernández Catá. En total llegó a publicar 45 números. De entre ellos hay catorce que dedican abundante espacio a la literatura portuguesa quien, junto con la española, francesa e hispanoamericana, es la que tiene un mayor espacio.

A partir del número 21 aparece con habitualidad una "Crónica literaria de Portugal" escrita por Carmen de Burgos (Colombine). Ya en el número 15 el hispanista francés Philéas Levesgue escribía el siguiente artículo "Influencia de España y Portugal en la civilización". Como cosa curiosa enunciaré los números y los temas y autores de los que se hablan. El número 21 se le dedicaba a Eça de Queiroz, el 22 a una serie de cuentistas y narradores, el 23 nada menos que se hablaba —muy extensamente— de Camilo Pessanha, Guerra Junqueiro —copaba el 24, y los siguientes hasta el 34 estaban referidos a Eugenio de Castro, Theophilo Braga, Gomes Leal,

João de Deus, una panorámica de la cultura portuguesa de aquellos años, otra dedicada a autores del Algarve, João de Barros y Mario de Sáa Carneiro y el movimiento futurista portugués. En el número 34, el escritor argentino Valentín de Pedro escribía sobre un poeta habitualísimo en las páginas de todas las publicaciones literarias españolas, Teixeira Pascoas.

Como puede comprobarse la nómina es sobresaliente. Así sucede lo mismo en las otras publicaciones mencionadas en donde incluso muchos escritores contemporáneos llegan a colaborar con trabajos insólitos, y en otras de menor entidad. Además de Colombine, no podría olvidarse a uno de los más importantes divulgadores y traductores de la poesía portuguesa durante ese periodo, Enrique Díez Canedo, al que todos los lusófilos deberíamos homenajear junto con gallegos como Risco, Cebreiro, Pedrayo, etc.